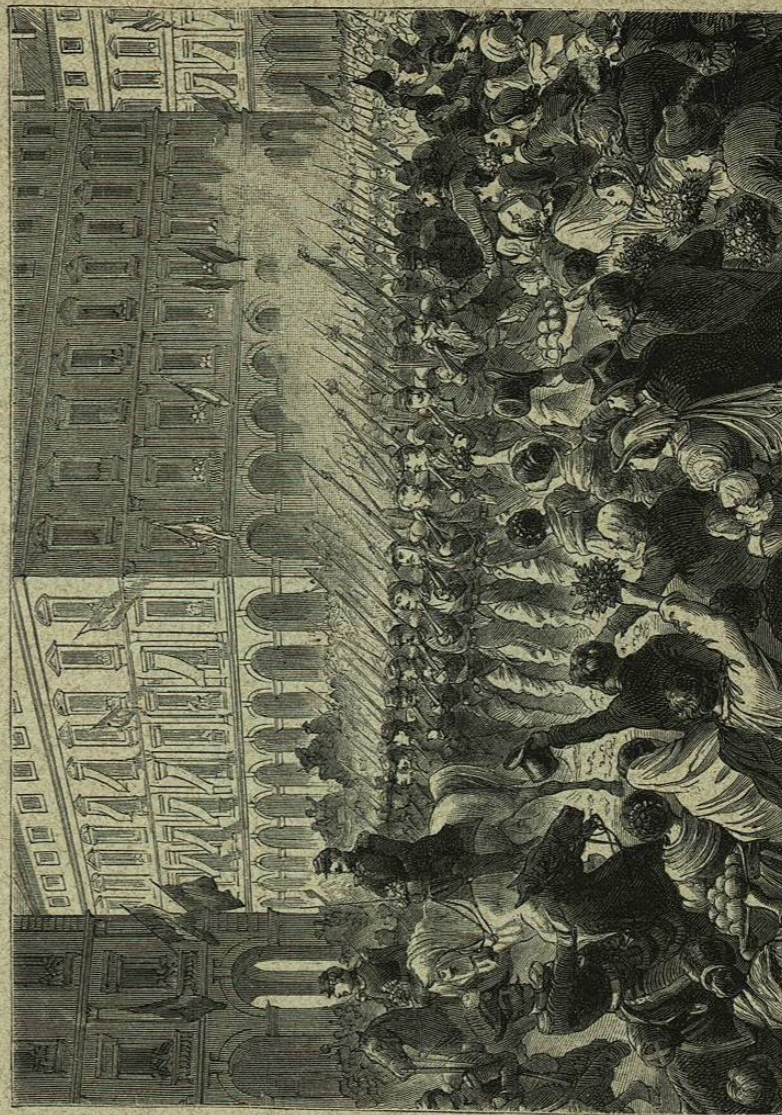


Es un hecho curioso observar en todas las guerras que hasta la hora misma en que se declaran se encuentran algunos optimistas que pronostican todavía la paz. Al saberse que el 27 y 28 de abril no habían cruzado aún el Tesino las tropas austriacas, algunos cándidos quisieron creer aún que no se desenvainarían las espadas. Se comentaba un artículo pacífico del *Morning Herald*, y un discurso de lord Derby indicando la posibilidad de que se reanudasen las negociaciones. El primero de Mayo, esta última esperanza se extinguió en París al saberse que los austriacos habían pasado el Tesino el día 29 de abril; de modo que la guerra había comenzado.

Desde este momento todas las críticas y las recriminaciones cesaron. El pueblo francés sentía despertarse en él sus antiguos instintos guerreros, y los diarios de todos los partidos no pensaron ya más que en el honor de la bandera: no hubo ni una sola nota discordante. Ni aun en los publicistas que habían censurado la guerra antes de que se declarase, hubo ya más que acentos patrióticos. En la *Revista de Ambos Mundos*, el cronista de la quincena, Eugenio Forcadé, escribía: «Hemos concluído con los deberes complejos de la discusión que era necesario sostener mientras que la Francia pareciese ser dueña de su elección entre la paz ó la guerra. La necesidad ha hablado, y ya no hay recriminaciones sobre lo irreparable; la era del simple deber comienza. Francia se ha empeñado en una guerra contra Austria por la independencia de Italia: ya no tenemos más que una opinión y una voluntad: es preciso que Francia triunfe y que Italia sea independiente. No tenemos más que un deseo en el corazón, y es que las objeciones concienzudas que hemos debido expresar durante la fase de las deliberaciones públicas sean radical y gloriosamente refutadas por el valor y la fortuna de Francia.»

Aun antes de romperse las hostilidades, las tropas francesas han penetrado en el Piamonte, las unas por los Alpes y las otras por mar. El mariscal Canrobert y el general Niel han llegado á Suza en la noche del 28 de abril; al día siguiente se hallaban en Turín y visitaban con el rey Víctor Manuel las posiciones del Doria. El mismo día, el mariscal Baraguey d' Hilliers ha desembarcado en Génova, donde se le agregarán muy pronto los generales Mac-Mahón y Regnaud de Saint-Jean d'Angely. Génova tiene cierto aspecto de fiesta, y france-



ENTRADA DE LAS TROPAS FRANCESAS EN TURÍN

ses é italianos parecen no formar más que una sola familia. La ciudad no tiene cuarteles suficientes para tantas tropas, y éstas deben alojarse en las casas particulares, donde son objeto de las mayores atenciones. Los suntuosos palacios de Génova se han abierto para ofrecer hospitalidad á los soldados de Francia.

Una parte de la caballería penetra en Italia por el camino de la Cornisa. Escuchemos á un oficial de los guías, el marqués de Massa: «Llegados de Melun por la vía férrea hasta Marsella, nos dirigimos después á Génova por etapas, vía Brignoles, Cannes y el puente del Var. Siendo los primeros regimientos de caballería que cruzaban así la frontera, las primeras ovaciones fueron para nosotros, en un camino cubierto de flores, donde todos los coches del país, alquilados por los *turistas* de costumbre, estaban delante de nosotros en fila mucho más allá de los límites de las afueras. De pie sobre los caballos veíanse rubias señoritas inglesas que nos arrojaban rosas; italianas morenas que nos distribuían confites, y lindas americanas, con sus ricos colores, que nos aplaudían con sus manecitas tan vigorosamente como les era posible. Me acuerdo de una vieja dama inglesa de quien recibí un paquete muy bien atado en el cual se había escrito: «Buen regreso y buena suerte.» Contenía seis pastillas de chocolate. Por la noche la municipalidad nos ofreció una función de gala con baile alegórico, cantatas y suelta de palomas en señal de regocijo.»

En París se acentúa la corriente belicosa. La *Ilustración* dice: «Confiamos en que el sol de Mayo, propicio á nuestras armas, iluminará alguna nueva jornada de Marengo. La Bolsa y los que de ella viven no podrían perturbar esta santa confianza del patriotismo por su actitud desanimada. En todos los tiempos, cuando *Mambrú se va á la guerra*, el dinero se asusta; pero es un pánico que siempre ha contenido el primer cañonazo anunciando la victoria. La Bolsa espera que resuene para adorar su eco.» El mismo cronista añade: «París no ve ya nada de lo que se hace en torno suyo; su pensamiento ha pasado el Rubicón y está guerreando más allá de los Alpes. Todo el mundo experimenta ya el estremecimiento de la victoria, y hasta los corazones más toscos y refractarios al sentimiento general, que es un sentimiento generoso, se enardecen por el patriotismo. A nadie seguramente se le ocurre decir: ¿Por qué se mezcla Francia en los asuntos de Italia?»

El 3 de mayo, M. Aquiles Fould, ministro de Estado, da lectura al Senado de la comunicación siguiente: «El encargado de Negocios de S. M. en Viena ha prevenido desde el 26 del mes último al gobierno austriaco, que si sus tropas franquean la frontera del Piamonte, Francia se verá obligada á considerar esta invasión de un país aliado como una declaración de guerra. Habiendo persistido el gabinete de Austria en apelar á la fuerza, el emperador me ha ordenado que ponga en conocimiento del Senado este hecho, que constituye al Austria en situación de guerra con Francia.»

Al punto resuenan gritos de «¡Viva el emperador!»

El presidente del Senado, M. Troplong, toma en seguida la palabra y se

expresa de este modo: «Si me es permitido pronunciar algunas palabras para traducir el sentido de las aclamaciones que se acaban de oír, diré que mientras que mis ilustres colegas, los que ejercen mandos, sostienen frente al enemigo la gloria del nombre francés, los senadores que han quedado aquí no retrocederán ante ningún acto de valor cívico y de fidelidad al emperador. Entre ellos y



M. Troplong, presidente del Senado

nosotros habrá rivalidad de patriotismo, porque esta guerra es justa, pues con ella se responde á un reto y una agresión. Es consecuencia de una política secular que siempre se lamentó de las crisis de Italia como si fueran acontecimientos franceses.»

M. Troplong halla el medio de hacer en una misma frase el elogio de Napoleón III y de Pío IX. «El emperador no puede permitir, añade, que Turín, la llave de los Alpes, ni tampoco Roma, que tiene las llaves de la Iglesia en manos de un santo y venerado Pontífice, caiga bajo el yugo usurpador de una influencia hostil á Francia. Italia debe recobrar, pues, su nacionalidad; no se

la revolucionará, sino que será libre, y ese hermoso país, amenazado con el dominio de un amo, encontrará un libertador.»

En el mismo día se publica la proclama del emperador al pueblo francés. Fechado en el palacio de las Tullerías el 3 de mayo de 1859, este documento tiene en el más alto grado el sello del estilo y de los pensamientos del soberano. «¡Franceses!, dice Napoleón III: Austria, al enviar su ejército al territorio del rey de Cerdeña, nuestro aliado, nos declara la guerra, que amenaza nuestras fronteras, violando así la justicia y los tratados. Todas las grandes potencias han protestado contra esta agresión. Habiendo aceptado el Piamonte las condiciones que debían asegurar la paz, se pregunta cuál puede ser el motivo de esta invasión repentina: es que Austria ha llevado las cosas al extremo de que necesita dominar hasta en los Alpes, ó que Italia sea libre hasta el Adriático, pues en este país todo rincón de tierra que sea conservado independiente es un peligro para su poder.» Declara que los aliados naturales de Francia fueron siempre aquellos que quieren la mejora de la humanidad, y que cuando desenvaina el acero no es para dominar, sino para libertar. «El objeto de esta guerra, añade, es por lo tanto devolver á Italia su autonomía é importancia, no el de hacerla cambiar de dueño, y así tendremos en nuestras fronteras un pueblo amigo, que nos deberá su independencia. No vamos á Italia á fomentar el desorden, ni á debilitar el poder del Padre Santo, á quien hemos repuesto en su trono, sino á sustraerle á esa presión extranjera que pesa sobre toda la península, contribuyendo á fundar el orden sobre intereses legítimos satisfechos. Vamos, en fin, á esa tierra clásica, ilustrada por tantas victorias, para encontrar de nuevo las huellas de nuestros padres. ¡Dios haga que seamos dignos de ellos!»

El soberano termina su proclama con estas palabras patéticas, propias para conmover á las multitudes: «Voy á ponerme muy pronto á la cabeza del ejército y dejo en Francia á la emperatriz y su hijo. Secundada por la experiencia y las luces del último hermano del emperador, sabrá mostrarse digna de su misión. Confío mi familia al valor del ejército que dejo en Francia para velar por nuestras fronteras, protegiendo también el hogar doméstico; y la confío, en fin, al pueblo entero, que la rodeará de ese amor y abnegación de que diariamente recibo tantas pruebas. ¡Valor, pues, y unión! Nuestro país demostrará otra vez al mundo que no ha degenerado, y la Providencia bendecirá sus esfuerzos, porque es santa á los ojos de Dios la causa que se apoya en la justicia y la humanidad, en el amor á la patria y en la independencia.»

Napoleón III ha conseguido sus fines: ha encontrado el medio de burlar todos los esfuerzos de la diplomacia europea, que deseaba la paz, y ha hecho asumir imprudentemente al emperador Francisco José la responsabilidad como agresor, logrando que sea simpática al pueblo la guerra censurada por las clases directoras. Ha preparado la opinión, haciendo vibrar la fibra nacional, y ahora puede marchar ya.

XLII

LA MARCHA DEL EMPERADOR

El emperador había visto marchar ya su guardia: cada regimiento desfilaba en la plaza del Carrousel, con su música á la cabeza, y después se detenía, rodeado de una inmensa multitud; un oficial se destacaba para ir á buscar en el palacio de las Tullerías la bandera depositada allí, y á su regreso, en medio del regimiento, el emperador se asomaba á una de las ventanas del pabellón de Marsán con la emperatriz y el príncipe imperial. Los soldados presentaban las armas; la música tocaba el aire de la reina Hortensia, *Al marchar para Siria*, y oíanse resonar las aclamaciones.

Mientras que un regimiento de granaderos desfilaba por la calle de Rívoli, para dirigirse á la estación de Lyon, la cantinera preguntó por el número de la casa donde estaba, en dicha calle, la oficina del secretario de órdenes de la emperatriz; se le indicaron, y subió, llevando consigo una niña de seis años; dirigióse al secretario y le dijo: «Me veo obligada á marchar con mi regimiento, por lo cual suplico á la emperatriz que se encargue de mi niña; no tengo temor alguno, pues sé que la educará bien hasta mi regreso.» La cantinera desapareció después, dejando allí su niña, é instruída del hecho la emperatriz, apresuróse á satisfacer el deseo de la valerosa madre.

Terminados los preparativos de marcha del emperador, el mariscal Randón, designado en un principio como mayor general del ejército de Italia, acababa de reemplazar, como ministro de la Guerra, al mariscal Vaillant, que desempeñaba este cargo, pasando á ser ahora mayor general. El emperador llevaba consigo todo su cuarto militar, compuesto así:

Ayudantes de campo: los generales conde de Rouget de Cotte, conde de Montebello, de Béville, príncipe del Moskowa, y Fleury; los coroneles Waubert de Genlis, marqués de Toulangeón, el conde Lepic, conde de Reille y Favé.

Oficiales de órdenes: el coronel barón de Meunerval, el jefe de escuadrón Schmitz; los capitanes Brady, conde d'Andlau, Klein de Kleinemberg, el vizconde Friant, de Tascher de La Pagerie, el príncipe de la Tour d'Auvergne, Eynard de Clermont-Tonnerre, Darguesse, el teniente príncipe Joaquín Murat, y el vizconde de Champigny Cadore, teniente de navío, y el barón Nicolás Clary, oficial de la guardia nacional.

El emperador iba acompañado además de dos caballerizos, el barón de

Bourgoing y M. Davillier; de un capellán, el abate Láme; de un médico, el doctor Conneau; de un cirujano, el barón Larrey, y de dos secretarios.

El domingo, 8 de mayo, antevéspera de la marcha, hubo reunión en las Tullerías, asistiendo los oficiales superiores de la Corona, los ministros y todas las personas que formaban parte del servicio de SS. MM. Dejemos la palabra á la condesa Estefanía de Tascher de la Pagerie, que se hallaba en dicha reunión: «La actitud de la emperatriz era verdaderamente admirable, comprendiéndose que se esforzaba para ocultar su emoción é inspirar valor á todos aquellos que estaban allí. Mostrábase afable con todo el mundo, y en vez de permanecer sentada junto á la estufa, en medio de un pequeño grupo de privilegiados, iba de un lado á otro, hablando seriamente con los hombres y de la manera más cariñosa con las damas. La seguí con la vista, muy satisfecha de su proceder, porque me complace que sea así. Se reconoce que está penetrada de la misión que se le ha confiado, y que tiene empeño en mostrarse digna de ella. El emperador ha hablado á todas las damas presentes, prometiendo ocuparse de sus esposos, hermanos ó hijos. Nadie ha llorado; pero los corazones ahogaban en el interior esas lágrimas que no se ven, pero que son por lo mismo más tristes y más amargas.»

Martes 10 mayo. — Se celebra una misa en la capilla del palacio de las Tullerías, oficiando el cardenal arzobispo de París; pálida y sumamente recogida, la emperatriz orando parece una hermosa estatua de mármol.

El ministro de Instrucción pública y de Cultos ha dirigido á todos los arzobispos y obispos del Imperio una circular así concebida: «Monseñor: El emperador se halla á punto de ponerse á la cabeza del ejército de Italia, y S. M. desea que se hagan rogativas públicas en todas las iglesias del Imperio para pedir á Dios que asegure el triunfo de nuestras armas, protegiendo á Francia. Ruego á V. E. que se sirva adoptar las medidas necesarias para responder á estas piadosas intenciones.»

La hora de la marcha se aproxima: los individuos del Consejo privado, los ministros, los oficiales superiores de la Corona, las damas, y los oficiales de los cuartos del emperador y de la emperatriz esperan en los salones de las Tullerías. Las princesas Matilde y María de Baden y su esposo el duque de Hamilton se despiden del soberano.

Son las cinco y media de la tarde; SS. MM. van á subir al coche, y Napoleón III puede contar con una ovación. Los diarios favorables á la causa italiana han preparado bien los ánimos. La tradición liberal es correr en auxilio de los pueblos oprimidos; el principio de las nacionalidades, muy discutido por la aristocracia y la clase media, cuenta con todas las simpatías de los obreros y de los proletarios: es una doctrina esencialmente democrática. Todos los hombres de la izquierda, y hasta muchos de la derecha, no han dejado de preconizarla durante todo el reinado de Luis Felipe y mientras duró la segunda República. El emperador continúa la doctrina de los liberales de la monarquía de



EL MARISCAL RANDÓN, MINISTRO DE LA GUERRA

julio y de los republicanos de 1848, está seguro del resultado y sabe que la multitud le aplaudirá.

El cortejo se pone en marcha, mezclándose con él numerosos grupos de gente del pueblo; y precedido y seguido de varios destacamentos de los cien guardias, el emperador va en una carretela con la emperatriz, escoltándolos cinco coches. El séquito sale del patio de las Tullerías, pasa por el arco de triunfo del Carrousel, atraviesa el patio del Louvre y desemboca en la calle de Rívoli, toda ella empavesada. Las ventanas de las casas, en todos los pisos, están llenas de espectadores que agitan sus sombreros ó sus pañuelos; no se ha enviado á buscar tropa alguna, y el pueblo es el que forma la carrera en todo el trayecto que debe seguir el emperador. En algunos momentos, la multitud es tan compacta y hállase tan próxima al coche del soberano, que los caballos apenas pueden avanzar. El entusiasmo va en aumento; en los barrios democráticos, el arrabal de San Antonio, la plaza de la Bastilla y la calle de Lyon, hay verdadero delirio: hombres á quienes la policía vigila de ordinario se hallan entre los que más aplauden, gritando con más fuerza: *¡Viva el emperador!* Hay obreros que le dirigen frases como esta: «Estad tranquilo, que nosotros velaremos por vuestra esposa y vuestro hijo hasta la vuelta;» y varias mujeres arrojan en su coche escapularios y medallas de Nuestra Señora de las Victorias. A pesar de su flema imperturbable, Napoleón III es un alma ávida de emociones; ama las aventuras y se complace en los peligros. Con su temperamento de jugador político y su audacia, se arriesga de preferencia en lo más temerario, y cuanto más comprometida es una empresa, mayores atractivos tiene para él. La ovación de que es objeto en la hora de su marcha le colma de una alegría que, á pesar de su impasibilidad acostumbrada, apenas puede disimular. La espontaneidad de las aclamaciones que resuenan á su paso, esa comunión de ideas entre él y la democracia, y ese sufragio popular, le lisonjean más de lo que pudiera lisonjearle la aprobación de todas las cancillerías europeas.

El trayecto ha durado unos tres cuartos de hora: SS. MM. se apean del coche y encuentran en la estación al rey Jerónimo y á la princesa Clotilde. El príncipe Napoleón no se despidió sin sentimiento de su viejo padre y de su joven esposa; la princesa tiene lágrimas en los ojos; pero acordándose de la intrepidez de su raza, murmura: «Ya basta,» y deja de llorar.

Son las seis y cuarto; el tren imperial parte con la rapidez del relámpago; la emperatriz ha querido acompañar á su esposo hasta Montreuil; se detienen allí un rato y se sirve una comida de cuarenta cubiertos, dándose allí las últimas despedidas. La soberana entrega una medalla á cada uno de los oficiales del emperador, abraza tiernamente á este último y vuelve á París, mientras que Napoleón III continúa su marcha hacia Marsella.

Las poblaciones de las ciudades y de los campos, que han acudido con hachas á todas las estaciones, saludan con sus vivas al tren que pasa llevando al César y su fortuna.

11 de mayo. — A las once y cuarto de la mañana el tren llega á Marsella; Napoleón va directamente desde la estación del camino de hierro al antiguo puerto, donde le espera el yate imperial *Reina Hortensia*, que debe conducirlo á Génova. Todas las calles están adornadas de banderas, y el entusiasmo no es menos ruidoso que en París. A eso de las dos, el yate imperial, seguido del *Vaubán*, gana la alta mar, pasando en medio de los buques empavesados y de las numerosas embarcaciones que llenan el puerto: ciento un cañonazos saludan la marcha. El cielo está puro; un magnífico sol refleja sus rayos brillantes sobre las olas tranquilas y tersas como un espejo, y muy pronto los dos barcos se pierden de vista en el horizonte.